

VISION DEL MUNDO Y POLITICA INTERNACIONAL

(Extractos del discurso pronunciado por
Ricardo Lagos en el Cari, Argentina)

El escenario internacional se ha transformado radicalmente en los últimos veinte años. Desde la paz de Westfalia en 1648 hasta el estallido de la guerra fría, tres siglos más tarde, el sistema internacional, esencialmente estado-céntrico, estuvo dominado por el juego entre un punado de estados soberanos que procuraban salvaguardar su seguridad tratando de mantener entre ellos cierto "balance del Poder". La naturaleza de las respectivas sociedades nacionales, sus intereses específicos y los de sus ciudadanos, constituían algo muy distante de sus gobiernos y sus estadistas, quienes actuaban en nombre de una "razón de estado" ajena a todo veredicto popular. La guerra fría, basada en un arsenal nuclear, reprodujo y exacerbó esas condiciones. El mundo de postguerra estuvo dominado por los intereses y conflictos planteados en el terreno de la seguridad militar por las dos superpotencias.

Tres megatendencias alteraron radicalmente ese escenario. La primera, consiste en el proceso de transnacionalización, basado en la fragmentación internacional del ciclo productivo y de la organización de las empresas, que redistribuyó a través del planeta las actividades industriales, el diseño y la distribución de los productos, el financiamiento y los servicios, dando lugar a un proceso de globalización mundial que requiere ser comprendido y, en la medida de lo posible, manejado por los países en desarrollo, como Chile, pero que no puede ser objeto de desconocimiento o de rechazo. El segundo fue el avance de la distensión, que culminó con el desmantelamiento del muro de Berlín, la disolución del estado soviético y la transformación de los países del este en su búsqueda de la democracia y del mercado, fenómenos que pusieron término a la guerra fría y redujeron drásticamente la importancia de los valores relacionados con la seguridad estratégica para destacar, en cambio, aquellos vinculados con la libertad, los derechos humanos, la

democracia, el desarrollo económico, el bienestar social y la calidad de la vida. La tercera, que subyace a las dos tendencias señaladas, radica en la difusión de un nuevo paradigma socio-tecnológico, en virtud del cual las tecnologías y los sectores productivos tradicionales -anteriormente mencionados- fueron reemplazados por otras cadenas tecnológicas fundadas en la información y el conocimiento, en que el liderazgo fue asumido por actividades vinculadas con la microelectrónica, la biotecnología, la producción de nuevos materiales, la informática, las comunicaciones, las transacciones financieras y, en general, los servicios; ello fue acompañado por la emergencia de nuevas preferencias sociales que, en general, apuntan desde una sociedad moderna, materialista y cuantitativa, a una sociedad postmoderna, postmaterialista y más cualitativa.

Surge así, gradualmente, una nueva visión de la política mundial que privilegia la interacción entre los distintos sectores de las sociedades nacionales en función de múltiples intereses específicos, dentro de un mundo uno y múltiple, a la vez más global y más diferenciado, en que predominan los conceptos de independencia y bienestar (concepto este último que anticipa lo que actualmente hoy se entiende por calidad de la vida, haciendo retroceder las viejas preocupaciones por el poder y la seguridad).

La inserción de Chile en el nuevo escenario pasa por la modernización de su estructura económica y social y vice-versa, es decir, su modernización depende de su grado y forma de inserción externa. Son pocos los que aún añoran un proceso de desarrollo volcado hacia adentro. En el mundo de hoy no hay alternativas a la inserción en el escenario internacional ni a la apertura externa. El debate debe trasladarse a cómo construir una capacidad endógena para coadministrar esa inserción externa.

Actualmente el país, y el gobierno de la concertación, están empeñados en llevar adelante un profundo proceso de cambio y

modernización que pasa, fundamentalmente, por la consolidación de un sistema democrático basado en la ampliación de la participación política, la moderación y los acuerdos, la transformación del sistema productivo y el aumento de la competitividad internacional de nuestro país, y un ataque más decidido y profundo de la equidad social. Un somero recuento de las implicaciones de este cambio de estrategia internacional que el país necesita, con cierto énfasis en sus aspectos económicos, permite percibir opciones como las siguientes. Frente a un persistente pesimismo externo, una mayor confianza en el papel de los mercados internacionales; frente a la introversión nacional, propia del pasado, un mayor énfasis en la proyección externa; frente a los ambiciosos esquemas de integración regional del pasado, múltiples formas flexibles y competitivas de complementación comercial y económica; frente a la protección como instrumento de desarrollo, una fuerte búsqueda de la competitividad internacional de nuestras actividades productivas; frente a una industrialización planificada, y selectivamente movida por el estado, la búsqueda y extensión de casos exitosos; en lugar de una tecnología tradicional, la prosecución de innovaciones tecnológicas, que en la medida de lo posible permitan al país insertarse en aspectos importantes del nuevo paradigma tecnológico imperante; en lugar de una fuerte desconfianza frente a la inversión extranjera directa, regímenes diseñados para atraer selectivamente capitales externos, portadores de nuevos mercados y tecnologías, y frente a la excesiva gravitación de empresas públicas instaladas en los sectores claves, procesos selectivos y bien estudiados de privatización, acompañados de los mecanismos regulatorios apropiados.

Las características políticas de esta nueva forma de inserción internacional de nuestro país son concomitantes con sus rasgos económicos. La denuncia del imperialismo y la fe en el tercermundismo han cedido paso a posiciones más realistas, que valoran la inserción de sectores cada vez más amplios de la vida nacional en las tendencias políticas, económicas y tecnológicas mundiales. Del mismo modo Chile, como consecuencia de la prosecución de un modelo de

desarrollo político y económico más moderno y diversificado, debe superar la antigua política de bloques, no sólo en el sentido político-estratégico que le dio la guerra fría, sino que también en su actual sentido, consistente en alinearse con alguno de los tres grandes bloques económicos que se están formando en el mundo de hoy, en nuestro caso, con el hemisferio occidental. Las circunstancias del mundo y las de Chile nos obligan a mantenernos abiertos a esos tres grandes bloques. No hay que olvidar que ello es también una consecuencia del hecho de que Chile puede aspirar por fin a insertarse al mundo en democracia.

Se ha dicho que la política exterior de la democracia no debería limitarse a recuperar las posiciones del pasado. Las circunstancias han cambiado, No es posible replantear sin modificaciones principios y tesis de otras épocas, y volver a apoyar en forma acritica esquemas que han perdido vigencia o se han transformado, como el sistema interamericano, la integración regional en sus primeras formas o la prosecución de un nuevo orden económico internacional tercermundista. En cambio, será necesario tomar en cuenta las nuevas realidades surgidas en el escenario internacional como producto de los cambios señalados.

Entre las nuevas prioridades del país se cuentan, indudablemente, la necesidad de que la política exterior se convierta de nuevo en el reflejo de un sistema de gobierno democrático y, de esta manera, vuelva a ser responsable y respetada; la de profundizar, en forma actualizada, la inserción de Chile en la economía y en la política mundial; la de afirmar su desvinculación de los conflictos estratégicos mundiales y continuar contribuyendo a que América Latina se convierta en una zona de paz; la de permanecer atenta a las transformaciones experimentadas por los principales escenarios internacionales; la de prepararse para vivir en un mundo posterior a la guerra fría; la de reintegrarse, con un mensaje propio y bajo modalidades nuevas, al vigoroso proceso de concertación latinoamericano que se está produciendo entre distintas agrupaciones

de países; la de no contentarse con una política exterior reactiva, formalista y meramente representativa para encarar una política más analítica, previsor y propositiva, y la de avanzar hacia la formación de un verdadero sistema de política exterior en donde participen sustantiva y coordinadamente todas las agencias del estado encargadas de manejar los diversos aspectos de sus vinculaciones externas, en estrecha asociación con la sociedad civil y el sector privado. Naturalmente, la modernización del servicio exterior, punto focal de ese sistema, constituye un requisito esencial de este proyecto.

25 Enero 1993

LT/ar